

Palabras del Excelentísimo Señor D. Pedro Schwartz Girón

Considero un gran honor el que la Academia me haya pedido que me una a compañeros de tanta distinción en el homenaje y recuerdo que queremos tributar a Rafael Termes Carreró. Fue para mí un amigo, un maestro en cuestiones económicas y un modelo de bien hacer personal. El fue quien animó mi candidatura a esta Academia y es deber de gratitud el que yo exprese un elogio bien merecido de su persona y obra.

Ya don Juan Velarde ha dibujado el marco en el que se desarrolló el pensamiento de Termes así como el significado de su biografía —y resumido sus principales ideas. Y nuestro académico López Quintás ha destacado su pensamiento sobre la libertad. Yo quiero hablar de su liberalismo católico.

Los fundamentos de la economía liberal según Rafael Termes

Mi homenaje se centra en la consideración de su pensamiento liberal, como combinación de dos elementos a menudo considerados incompatibles: un profundo catolicismo y una apasionada defensa del capitalismo. Este empeño de Termes durante su larga y fructífera vida de mostrar que eran compatibles posturas que a menudo se consideran antitéticas presta a su pensamiento una originalidad que es necesario destacar. En España especialmente son contadas las personas que adoptan su misma postura, pues los católicos han sido aquí tradicionalmente

contrarios al libre mercado, o al menos lo han considerado necesitado de vigilancia y sobre todo de compensación para los que sufren los que creen injustos o dañinos efectos del *laissez faire*, y los liberales, hemos criticado la llamada «doctrina social de la Iglesia» por su aparente búsqueda de una equidistancia de entre socialismo y capitalismo.

El mejor homenaje a Termes consiste en tomar su pensamiento en serio. Su empeño como católico fue mostrar que la doctrina social de la Iglesia no era contraria a la defensa y aceptación del capitalismo. Es ésta una cuestión crucial para los católicos practicantes e incluso para los cristianos en general que han de vivir en el mundo globalizado actual, pues intenta averiguar si el mensaje de Cristo implica una condena del sistema de mercado y libre competencia. Pero también es sumamente importante la dimensión cívica de la religión para quienes no son cristianos, por la mutua influencia entre capitalismo, moral personal y ética social. Para Termes, el sistema capitalista, cuando se le permite que se desarrolle libremente sobre la base de la igualdad de los individuos ante una ley universalmente aplicable, fomenta las virtudes de honradez, laboriosidad, responsabilidad de las personas, refuerza las libertades políticas, reduce la pobreza y disciplina los poderosos. En resumen para Termes, un sistema capitalista liberal permite el mejor despliegue de la vida religiosa, pero sobre todo contribuye al fomento de virtudes terrenales apreciadas tanto por los cristianos como por todos los hombres de buena fe.

Para Termes, no había nada en la doctrina social de la Iglesia católica que se opusiera, desde el punto de vista moral, al sistema capitalista. Es cierto que, para los historiadores entre nosotros, la encíclica *Rerum novarum* significó un acercamiento a las doctrinas intervencionistas y paternalistas difusas en el ambiente intelectual de finales del siglo XIX. Pero Termes quiso contrarrestar esta crítica señalando que la elección entre modos de organizar la sociedad es una cuestión que la Iglesia deja a la libre elección de sus fieles; y que, por tanto, las expresiones que pudieran considerarse contrarias al libre mercado en esa encíclica y algunas posteriores, no debían considerarse como dogmáticas. La Iglesia, sostenía Termes, no tiene competencia técnica para entrar en ese terreno. Por eso entendía que la doctrina social de la Iglesia no le impedía defender y propagar el liberalismo económico, caso de que encontrara en ese acervo de doctrinas algún pronunciamiento contrario al sistema capitalista. Pero también insistía en que este sistema daría tanto mejores resultados cuanto más se comportaran las personas que actúan en el marco del mismo de acuerdo con los valores morales congruentes con la dignidad de la naturaleza humana.

La antropología metafísica a la que Termes dedicó su último libro parte de dos ideas que quizá no todos podamos aceptar pero que a mi juicio contienen un

fondo de verdad indudable. La primera es que hay un Derecho natural descubrible por la razón, que debe guiarnos en las decisiones que tomemos en sociedad: el Derecho y la política deben guiarse por esas normas previas al Derecho positivo. La segunda es que la sociedad moderna da muestras de actitudes desordenadas e injustas que el cristiano debe rechazar. Ambas ideas son en lo fundamental aceptables incluso para quienes no son cristianos. Primeramente, para los liberales es indispensable mantener que el individuo es anterior y superior a la sociedad, aunque por genética y por conveniencia seamos 'animales sociales'. En segundo lugar, la mayor parte de las injusticias del mundo presente se deben a inaceptables interferencias políticas en el libre funcionamiento del mercado, que impiden que se dé a cada uno lo suyo, en especial por lo que se refiere al comercio internacional; y gran parte de las conductas irresponsables y egoístas que afean nuestras sociedades se deben a la irresponsabilidad y falta de honradez fomentada por el Estado de Bienestar.

Toda su vida defendió Termes que, en el modelo capitalista, el Estado no debía interferirse en la mecánica del mercado, ni intervenir, salvo para el ejercicio de un reducido papel subsidiario, en aquellas actividades de los ciudadanos que el propio mercado encauza. Con lo cual no negaba un papel esencial para el Estado como guardián del orden y administrador de la justicia, pero sí criticaba el desordenado crecimiento del gasto y las actividades públicas de los tiempos presentes.

El capitalismo, decía Termes, «tiene su moral». Esa moral es el «resultado del propósito de descubrir y atender las necesidades de los demás, lo cual, en ausencia de violencia, fraude o dolo, y sin merma de la busca del legítimo interés propio, es una manifestación del espíritu de servicio inherente al capitalismo». Además, citando palabras de Juan XXIII, dijo que en el libre mercado florecen importantes virtudes, como son «la diligencia, la laboriosidad, la prudencia en asumir los riesgos razonables, la fiabilidad y decisiones difíciles y dolorosas pero necesarias para el trabajo común de la empresa y para hacer frente a los eventuales reveses de la fortuna». Por fin, argumentó sobre sólidas bases empíricas que el capitalismo actual favorecía precisamente la victoria sobre la pobreza, ese fin ideal de toda persona generosa y de buen corazón. Para ello tenían que darse tres condiciones en las regiones en desarrollo: a saber, la defensa de la propiedad privada y el respeto de los contratos; el funcionamiento sin obstáculos del mecanismo de los precios; y la libertad empresarial, tanto en el éxito o como en el fracaso. El resultado sería el que estamos viendo en China, India y todo el Sudeste asiático, en algún país de América Latina y en escasos lugares de África: la elevación del nivel de vida de cientos de millones de personas de entre las más humildes del Planeta. Pero esas condiciones, siendo necesarias, no eran para él suficientes. Para conse-

guir la redención de los pobres de forma definitiva, el libre mercado tenía que ir acompañado por el respeto de los derechos individuales a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, cual reza la feliz fórmula de la Declaración de Independencia de Estados Unidos de América del Norte, que él citaba tan a menudo.

El empeño de Termes en los años en que vivió con nosotros tiene pues importancia no sólo para los católicos sino quizá más aún para los liberales en general. En cuanto a mí, seguirá ejerciendo profunda influencia en mis labores y trabajos en pro de la libertad.